

ALBERTO  
VÁZQUEZ-FIGUEROA

# BÍMINI



¿Pueden dos hombres solos cuestionar las reglas por las que se ha regido la navegación durante miles de años, afirmando que se deben construir los barcos de forma diferente? ¿Pueden dos hombres solos demostrar que los países ricos en petróleo pretenden monopolizar la producción de energía conspirando con el fin de impedir que los países pobres utilicen sus reservas de carbón? ¿Pueden dos hombres solos apoderarse de mil doscientos millones de dólares sin utilizar la violencia ni dejar rastro? Bímini demuestra de lo que son capaces dos hombres solos, porque se trata de la novela más imaginativa que se haya escrito en años.

## 1

Avariciosas manos que nunca encallecieron, desde el fondo de la tierra surgen voces airadas porque no os han bastado veinte generaciones de sufrimiento y hambre.

No os ha bastado con el miedo, el sudor y la muerte, los días entre tinieblas donde falta hasta el aire, el temor a bajar vivos y subir en pedazos, o que nuestros hijos no puedan reconocernos bajo una costra de polvo.

¡Nada os basta! Nada os parece nunca suficiente y cuando no resultamos rentables nos convertís en carne de carbón pese a que sobre nuestras espaldas hayáis levantado fortunas que ahora ocultáis en profundas cavernas desde donde ese dinero grita: «Vuestras fosas serán aún más profundas que las minas porque en ellas arderéis sobre una eterna llama de carbón».

— **E**s lo último que dejó escrito sobre vosotros y para vosotros, porque hombres como él no nacen cada año, ni tan siquiera cada década. Si nacieran, el mundo sería muy diferente, se lloraría menos, se sufriría menos, y la corrupción y la injusticia no habrían desembocado en una situación tan dolorosa como la que ahora padecemos...

La mayoría de los presentes asintieron o intercambiaron miradas de aprobación convencidos de que lo que les estaban diciendo era cierto, y, aunque lo supieran hacía ya mucho tiempo, no les importaba escuchar una vez más que Héctor Alfaro había sido un ser excepcional que contribuyó

a que la vida de cuantos le rodeaban resultara menos cruel y angustiada.

—Héctor rezumaba bondad por cada poro de su cuerpo, y cuantos lo tratasteis durante tanto tiempo sabéis que la suya no era la bondad contemplativa de quien permite que los acontecimientos transcurran sin formar parte de ellos, sino que por el contrario era de esos escasos seres que se involucran en los problemas ajenos, los convierten en propios y ofrecen cuanto tienen a la hora de intentar resolverlos.

Hizo una corta pausa mientras extraía un pañuelo con el que se secó unas gotas de sudor de la frente, y tras sonreír apenas a quienes se encontraban en primera fila continuó en el mismo tono de absoluto convencimiento:

—Héctor consagró su vida a hacer el bien, por lo que a veces llegué a pensar que en realidad no era un empresario sino un misionero que se sacrificaba, no por amor a Dios o porque el Señor le premiara por su labor, sino porque su mayor alegría se centraba en poner todo lo que poseía al servicio de los necesitados. A quienes nos enorgullecemos de haber sido sus amigos o simplemente formamos parte de esa legión de admiradores de su trabajo, nos colma de satisfacción el simple hecho de participar en este sentido homenaje en memoria de quien a mi modo de ver tan solo cometió un error a todo lo largo de su vida: nos dejó sin mentor, sin maestro y sin guía demasiado pronto... —La voz se le quebró al exclamar sinceramente conmovido—: ¡Demasiado pronto, Héctor!

No pudo o no quiso seguir, limitándose a hacer un leve gesto a dos muchachas que se apresuraron a apartar las blancas sábanas que cubrían una estatua de bronce de tamaño natural que representaba, con exquisito gusto y fidelidad, al malogrado empresario, que empuñaba una linterna de minero en una mano mientras que de la otra parecía escapar una estilizada paloma.

Se hizo un largo silencio, no solo por la admiración que causaba el bello conjunto escultórico, sino debido a que la totalidad de los presentes se percató de que tanto la esposa del difunto como sus hijos contenían las lágrimas y permanecían tan inmóviles que se podría creer que se habían convertido de igual modo en estatuas de bronce.

Tal vez les había asaltado de improviso la extraña sensación de que aquel a quien tanto habían amado les iba a hablar o sonreír, por lo que la mujer con la que había compartido treinta y cuatro años de felicidad no pudo evitar que se le escapara un ronco sollozo.

—¡Bendito seas! —musitó apenas.

La magia, triste magia sin duda del emotivo momento, la rompió un semianalfabeto «concejal de Cultura» que señaló en un tono levemente impaciente que quedaba inaugurado el parque municipal Héctor Alfaro.

Se despidió sin la menor delicadeza barboteando a duras penas que tenía la *indenlumbimble* obligación de regresar de inmediato al ayuntamiento, y, tan solo cuando se hubo alejado lo suficiente como para que no le oyera, el hombre de exquisitas maneras que había pronunciado el sentido panegírico comentó en tono de profundo desprecio:

—Si semejante impresentable es concejal de Cultura, me niego a conocer al que se encarga de la limpieza.

—Este es un pueblo pequeño... —le hizo notar a modo de disculpa Germán Alfaro.

—El pueblo en que nació tu padre nunca puede ser pequeño, querido —replicó el otro seguro de sí mismo—. Su sola figura lo engrandece porque te garantizo que la mayoría de las capitales no pueden alardear de contar con un personaje de su talla.

Si existen días de gloria que puedan ser al propio tiempo días de profunda amargura, aquel fue uno de ellos para la familia Alfaro, porque al innegable orgullo de contemplar, instalado en un lugar tan emblemático, el monumento que inmortalizaba a su marido o a su padre, se unía la tris-

teza de comprender que semejante acto, por muy entrañable que fuese, ponía la necesaria y definitiva rúbrica a la partida de defunción de un hombre irrepetible.

A punto ya de abandonar el recinto, y en el momento en que Beatriz Alfaro se volvió con intención de contemplar de nuevo el hermoso grupo escultórico, una paloma acudió a posarse sobre la cabeza de la estatua, rozando apenas con un ala a la de su congénere de bronce.

A la atribulada mujer le vino a la mente una frase que había leído en la biografía de un conquistador español: «La gloria es como las palomas; come migajas en manos anónimas para cagarse sobre las estatuas de los héroes».

Debido a ello se prometió a sí misma que mientras viviera se esforzaría para que la imagen de aquel a quien tanto había amado se mantuviera limpia de excrementos.

—Deberían mostrarle al menos un poco de respeto.

—¿Cómo has dicho...? —quiso saber su hija.

—Que nunca he sabido si el dicho «tener la cabeza a pájaros» significa que estás un poco loco o que te has convertido en una estatua.

Laura Alfaro se quedó clavada en el borde de la acera un tanto desconcertada por la absurda frase, y en cierto modo intranquila al comprobar que, desde el día en que le anunciaron la muerte de su marido, su madre acostumbraba a desvariar con inquietante frecuencia.

Le constaba que había madurado como mujer y ser humano a la sombra de Héctor Alfaro, y cabría asegurar que tal sombra era tan densa como la de un roble centenario, por lo que ahora, expuesta a las inclemencias de un sol al que no estaba acostumbrada, y que más que sol era sin duda soledad, no solo su delicada piel, sino cabría asegurar que su cerebro comenzaban a cuartearse.

—Me preocupa mamá —musitó apenas.

Germán, que se había detenido a su lado, se limitó a echar el brazo sobre el hombro de su hermana empujándola.

la con suavidad con el fin de que se decidiera a atravesar la calle al tiempo que replicaba:

—No tiene por qué; lo peor que podría ocurrirle ya le ha ocurrido y se mantiene firme.

—A veces temo que acabará volviéndose loca.

—Si, como aseguran, la locura conduce al olvido, sería lo mejor que podría sucederle puesto que sufriría menos. Debemos aceptar que su vida concluyó cuando papa murió, y que lo único que le aguarda es un amargo tránsito hacia el final. —La atrajo hacia sí besándola con afecto en la frente—. Nos guste o no, tenemos que hacernos a la idea de que mamá fue increíblemente feliz por tener la suerte de casarse con quien se casó, pero que todo, lo bueno y lo malo, acaba algún día.

—¿Vale la pena amar tanto para pasarte luego el resto de la vida sufriendo?

—Pregúntaselo a ella, porque a mi modo de ver es la única que te puede dar una respuesta con conocimiento de causa.

Se reunieron con su madre, que aguardaba junto al coche, se despidieron de cuantos habían acudido a presenciar la emotiva ceremonia, y no pronunciaron una sola palabra mientras se dirigían hacia el viejo y enorme caserón familiar que dominaba el valle a unos tres kilómetros del pueblo.

El mero hecho de atravesar el umbral y detenerse en el amplio salón tuvo la «virtud» de sumirles en una depresión aún más profunda, puesto que la añoranza se acentuaba y se volvía casi dolorosa al percibir los familiares olores que les asaltaban como una jauría de perros.

Olor y música han sido siempre los principales alimentos de la memoria, o al menos de esa parte tan triste de la memoria que se llama nostalgia.

Y allí estaba ahora, flotando en el ambiente el dulce aroma a tabaco de pipa que fumara su abuelo y más tarde su padre, y que parecía haber impregnado cada rincón y cada

mueble de la mansión como si se tratara de un sello distintivo que permanecería allí hasta que de los gruesos muros tan solo quedasen ruinas.

El sábado, al recoger la noticia de la inauguración de la estatua, la cadena de televisión regional decidió dedicar un amplio reportaje a la vida y obra de Héctor Alfaro, y estaba tan bien realizado que no pudo por menos que conmover a la audiencia.

En contraste con la proliferación de programas basura, de incontables telediarios que no solían tener otro hilo conductor que la violencia y la muerte o las interminables y vacías peroratas de politicastros cuya única meta parecía ser desprestigiar al contrario, el hecho de que se destinara tanto espacio y tanto esfuerzo a poner de manifiesto la labor de un hombre que había dedicado su vida a la difícil tarea de hacer más llevadera la de los mineros constituyó una especie de bocanada de aire fresco que alejaba la pestilencia que a todas horas parecía emanar de las pantallas.

Las lágrimas caían mansamente, silenciosamente, impareblemente, por las mejillas de su viuda, a quien tales palabras y en especial las imágenes le encogían el corazón hasta el punto de que no pudo soportarlo, por lo que decidió abandonar el salón con el fin de ir a tomar asiento en el porche, allí donde tantas noches contemplaron las lejanas luces del pueblo mientras él extraía bocanadas de humo de su vieja, curva y resobada cachimba.

—No deberías ver esas cosas. Te hacen daño.

La pobre mujer ni siquiera se volvió a mirar a quien se había acomodado en el sillón de mimbre que antaño ocupaba su marido.

—Lo único que me hacen es llorar —puntualizó segura de lo que decía—. El daño lo llevo siempre dentro.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta veinte segundos después de haber dejado de respirar, porque en cierta ocasión leí que ese es el tiempo que tarda el alma en abandonar un cuerpo.



—¿Veinte segundos? —repitió un incrédulo Germán Alfaro—. ¡Qué estupidez! ¿Acaso alguien se ha pasado horas a la cabecera de los agonizantes con un cronómetro en la mano?

—Supongo que no.

—¿Entonces...?

—¿Y a mí que me preguntas? Ve a pedirle explicaciones a quien escribió ese artículo.

—Un cretino, sin duda.

—Es posible, pero lo mejor que tienen ese tipo de artículos es que el lector puede aceptar o no lo que su autor propone, y a mi modo de ver veinte segundos para abandonar un cuerpo que pronto empezará a descomponerse es un tiempo prudencial y tan aceptable como cualquier otro.

—¡También es verdad! ¿Qué más da veinte segundos que tres horas? Se supone que un alma no tiene que hacer maletas.

—Lo único que tiene que hacer es ponerse a bien con Dios.

Su hijo entendió que de permitir que la conversación transcurriera por semejantes derroteros pronto o tarde su madre comenzaría a decir insensateces de mucho mayor calado, por lo que prefirió cambiar de tema por el sencillo sistema de inquirir:

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Quedarme aquí, a solas con los recuerdos.

—No me parece buena idea.

—Yo nunca he tenido una buena idea... —le hizo notar ella con absoluta naturalidad—. Raro sería que empezara ahora.

—Casarte con papá fue la mejor idea que ninguna mujer puede haber tenido nunca —puntualizó su hijo.

—Estoy de acuerdo, pero no fue idea mía sino suya; yo a lo único que aspiraba en aquel tiempo era a convertirme en trapeceista.

—¿Trapecista? —repitió Germán Alfaro sinceramente sorprendido—. Nunca nos habías hablado de ello.

—Me daba vergüenza.

—¿Vergüenza por qué?

La buena mujer se encogió de hombros, esbozó apenas una sonrisa y se volvió a mirarle directamente al replicar:

—No puedes contar a tus hijos que estuviste un año rechazando a un hombre extraordinario porque tu única aspiración era saltar de un trapecio a otro. Me tomaríais por loca y con razón.

—No veo por qué; los sueños y las ilusiones de nuestra juventud suelen ser algo muy personal. Y muy especial. ¿Y a qué se debió esa afición?

—A que un día mi abuelo me llevó al circo donde actuaba una trapecista tan hermosa, ágil y etérea que parecía la mismísima Campanilla de *Peter Pan*. Cuando salí de allí me dije: «Quiero ser como ella», y al día siguiente me puse a entrenar.

—¿Realmente llegaste a entrenar como trapecista? —no pudo por menos que asombrarse él.

—Me caí tres veces de un árbol y dos de una escalera, por lo que mi padre decidió que ya que estaba dispuesta a romperme la crisma más valía que lo hiciera con ayuda de alguien que supiera cómo hacerlo. Pero al cabo de un tiempo apareció tu padre, que cuando se le metía una idea en el entrecejo no paraba hasta conseguir lo que quería.

—¡Me consta! —admitió Germán—. Pero sigo sin entender por qué nunca nos has hablado de algo tan curioso. ¡Y divertido!

—¿Te parece divertido tratar de explicar que la cicatriz de la nuca me la hice pretendiendo ser trapecista cuando lo cierto es, y me llevó meses reconocerlo, que estaba negada para surcar los aires? —insistió ella convencida de lo que afirmaba—. Siempre caía de cabeza, como si la tuviera de plomo. De ahí que me asalten esas migrañas que me mantienen días postrada en una cama.

—¿Estás segura de que es por culpa de los golpes?

—Por culpa de las caricias no es, puedes estar seguro...

—Chasqueó la lengua con un gesto que tanto podía ser de incredulidad como de fastidio al añadir—: Y lo que siempre me molestó fue el hecho de que a tu padre, que vivió expuesto a mil enfermedades en las minas, nunca le dolía nada, mientras la primera vez que se me ocurrió hacer algo distinto a poco me rompo la crisma.

Hizo una de sus largas pausas en las que parecía que se hubiera trasladado a un remoto lugar que tan solo ella conocía, y cuando regresó tomó la mano de quien la observaba con gesto de profunda preocupación al tiempo que ensayaba una tímida sonrisa.

—Y ahora ha llegado el momento de hablar de ti —dijo—. ¿Cuándo piensas marcharte?

—¿Marcharme? —se extrañó él—. ¿Adónde?

—Eso no lo sé porque ni siquiera tú mismo lo sabes. Pero recuerda que soy tu madre y me consta que tu mayor deseo es navegar y ver mundo.

—No pienso dejarte.

—Pero debes hacerlo, porque de lo contrario me sentiré culpable. Yo estaré bien; mejor sabiendo que eres feliz lejos, que desgraciado cerca. Tu padre te ha dejado algún dinero; disfrútalo mientras eres joven, que tiempo tendrás de encerrarte en un despacho.

—¿Y quién se hará cargo de las minas?

—Tu hermana, que tiene buena cabeza para los negocios, mientras que la tuya siempre está en otra parte. A Laura le encanta bajar a los pozos y convivir con los mineros, y aunque en justicia el puesto te pertenece, todos sabemos que ese no es tu mundo, acabarías llevándonos a la ruina y son muchas las familias que dependen de nosotros.

## 2

**C**abría asegurar que nació predestinado debido a que lo hizo a los pies del altivo puente de las Américas que al atardecer hacía sombra sobre el jardín de su casa, a menos de trescientos metros de la entrada del Canal y muy cerca de la playa en que según la tradición se introdujo hasta la cintura Vasco Núñez de Balboa en el momento de bautizar como *Pacífico* al océano que acababa de descubrir.

Su madre, Juana de la Cosa, presumía de descender en línea directa del «primer cartógrafo del nuevo mundo», y su padre, Emeterio Elcano, podría haber presumido de descender del primer marino que circunnavegó el globo, por lo que no se lo pensaron mucho a la hora de llamarle Ulises.

Desde que aprendió a gatear, su vida estuvo directamente relacionada con los barcos, ya que desde su habitación los veía pasar en interminable procesión en su lento avance hacia la entrada de las esclusas de Miraflores, cruzándose con otros que seguían idéntico itinerario en sentido contrario.

Como a su madre le apasionaba acudir a cuidar ancianos a un destartalado asilo, su padre, alto cargo del Canal, se lo llevaba al despacho a sabiendas de que lo único que tenía que hacer para que no molestara era proporcionarle un gran bloc y una caja de lápices de colores. De ese modo

el niño se pasaba las horas dibujando embarcaciones, cosa que hacía con rara habilidad y gran lujo de detalles.

Su amor al mar, pero sobre todo a los barcos, consiguió que muy pronto su habitación y luego la práctica totalidad de la casa se convirtiera en una especie de museo naval con docenas de maquetas, cuadros, libros y todo tipo de objetos relacionados con la navegación.

Por si ello no bastara, el hermano de su padre, que había sido patrón de atuneros, le llenaba la cabeza de maravillosas historias sobre el arte de la navegación y los infinitos secretos del océano, y fue él quien pronunció una de las primeras frases que se le quedarían grabadas en la memoria de forma indeleble: «Cuando un auténtico marino conoce a una chica debe pedirle que se unte los pechos con un poco de brea, porque más fácil resulta que una mujer huela a barco, que un barco huela a mujer».

A su madre no le hacía gracia que su cuñado le enseñara esas cosas a un chicuelo, pese a lo cual reconocía que por lo general el rudo pescador ejercía sobre él una beneficiosa influencia ayudándole a consolidar su vocación, aunque tal vocación no precisaba de ningún tipo de aliento, dado que cabría asegurar que por las venas de Ulises no corría sangre, sino agua salada.

Al cumplir nueve años transformó el garaje en un astillero donde se construyó con infinita paciencia y la inestimable ayuda de su tío Nemesio un balandro que muy pronto se convirtió en parte del paisaje, visto que atravesaba una y otra vez la bahía mientras sorteaba con habilidad gigantescos navíos junto a los cuales era como una blanca e inquieta mariposa a los pies de parsimoniosos paquidermos.

Los prácticos le amenazaban con quejarse a su padre cuando se aproximaba demasiado, y en ocasiones aburridos tripulantes intentaban orinarle desde cubierta, aunque siempre conseguía evitar que le «bautizaran» de nuevo.

Pasaba luego largas horas pescando o buceando entre las rocas de la otra orilla, a los pies del fuerte Kobbe, por lo

que con el tiempo llegó a una lógica conclusión: para ser un buen marino no bastaba con saber lo que ocurría sobre la superficie del mar; hacía falta saber también lo que sucedía bajo él.

Con respecto al mar, el hombre se había comportado a semejanza de una pulga que se pasease sobre la piel de un perro, conformándose con chuparle un poco de sangre, pero desde que casi ochenta años atrás dos comandantes franceses inventaron la escafandra autónoma, era como si esa pulga circulase con casi absoluta libertad por las entrañas del perro.

Las olas, desde las que se elevaban como edificios en el corazón de un huracán hasta las casi imperceptibles ondas que iban a morir sobre la arena de una tranquila ensenada, habían constituido desde el comienzo de los siglos la milimétrica frontera que dividía brutalmente dos universos a menudo enfrentados, de tal modo que cuando la mayor parte de los habitantes de los océanos asomaban la cabeza unos centímetros por encima de esa frontera, morían, y de igual modo la mayor parte de los animales terrestres perecían cuando sumergían la cabeza unos centímetros por debajo de ella.

Ninguna frontera fue nunca, por tanto, tan delgada y tan letal.

Con gran frecuencia el Pacífico hacía honor a su nombre, y cuando a primera hora de la tarde lo calentaba un sol implacable y su superficie aparecía tan tersa, sólida y reluciente que cabría pensar que las aves marinas se quedarían en pie sobre ella como sobre un espejo, el muchacho sumergía muy despacio la cabeza en el agua de modo que la delgada línea divisoria quedara justamente a la altura de sus ojos para poder sentirse parte integrante de ambos mundos.

Pese a su juventud no tardó en llegar a una conclusión: el mar era mucho más misterioso, pero la tierra era mucho más caótica debido a que bajo las olas todo parecía limitar-

se a devorar o ser devorado siguiendo rígidas reglas e incluso épocas del año y horarios muy estrictos.

El universo acuático se le antojaba armonioso, mientras que el universo terrestre le resultaba confuso y discordante.

Como había nacido predestinado a ser marino, la primera noche que besó a una chica comprendió que aquellos húmedos labios y aquellos erguidos pechos eran lo único que conseguirían retenerle en la costa, por lo que casi de inmediato decidió mantenerse, si no completamente alejado de ellos, sí al menos precavido.

El día que cumplió dieciséis años, su tío Nemesio le regaló un anillo de coral rojo al tiempo que señalaba: «Este es el símbolo que indica que estás casado con el mar, o sea que procura tener una novia en cada puerto y no te preocupes por los cuernos. Desde el momento en que embarcas, tú estás donde quieres, o sea que mientras tanto deja que ellas, que se quedan en tierra, vayan donde quieran».

Aquel fue un magnífico consejo que Ulises Elcano decidió seguir a rajatabla, convencido como estaba de que las sirenas que le cantaron al auténtico Ulises no tenían la intención de atraerle para que naufragara, visto que de poco sirve un hombre ahogado; lo que en verdad pretendían era atraparlo y obligarle a que les engendrara hijos con el objeto de procurar que se pasara el resto de su vida arando campos o cuidando cabras.

Puede que fueran mitad carne y mitad pescado, pero sin duda en las dos mitades prevalecía el instinto femenino.

Debido a ello, tanto las chicas con las que se relacionó en Panamá como más tarde en California, donde pasó cuatro años completando sus estudios, tuvieron muy claro desde la primera cita que las únicas amarras que su atractivo y cariñoso amigo aceptaba eran las que se encontraban a bordo de un navío.

Curiosamente, el simple hecho de ir con la verdad por delante advirtiendo que jamás permitiría que ninguna cara bonita le dejara definitivamente en dique seco aumentaba